

gusta, el olor del tabaco, aunque no fumo.

—Sentiría mucho decir otro tanto, — observó otro caballero del lado opuesto de la mesa; — mi pipa es para mí alimento y habitación.

Mr. Pickwick examinó al que hablaba así, y no pudo menos de pensar que hubiera ganado mucho el tal, si su pipa hubiera sido también para él el lavado de la ropa.

Hubo otra pausa; Mr. Pickwick era un extraño, y su llegada había enfriado naturalmente á los tertulianos.

—Mr. Grundy va á obsequiar á la sociedad con una canción — dijo el presidente.

—No, no la obsequiará — dijo Mr. Grundy.

—¿Por qué? — preguntó el presidente.

—Porque no puedo.

—Decid que no queréis.

—Pues bien, porque no quiero.

Otra pausa siguió á esta negativa de obsequiar á la sociedad.

—¿Por qué no canta el presidente? — dijo un joven de bigotes, bizco y con cuello de camisa vuelto.

—Roque, acabo de cantar — dijo el presidente — la única canción que sé.

Como esto no tenía réplica siguió otra pausa.

—Yo he estado esta tarde, señores — dijo Mr. Pickwick, — deseando suscitar un asunto de interés para todos, — yo he estado esta tarde en un sitio que todos conocéis sin duda, pero donde yo no he puesto en mi vida los pies; hablo de Gray's Inn; esas casas son curiosos escondrijos en una población como Londres.

—¡Por Júpiter! — dijo el presidente, — que habéis nombrado una cosa que hará hablar á alguno de nosotros; vais á sacar de sus casillas al viejo Jack Bamber. Nunca se le ha oído hablar sobre otra cosa que sobre esas casas. Ha vivido solo tanto tiempo que se ha vuelto medio loco.

El individuo de quien hablaba Mr. Lowten era un viejo pequeño, de hombros altos, que tenía la costumbre de inclinarse hacia adelante, cuando estaba silencioso, y que por esta razón no había sido visto antes por mister Pickwick; pero cuando el viejo levantó su rostro amarillo y descarnado y fijó en él sus ojos, llenos de astucia y penetración, nuestro ilustre observador se admiró de que hubiese escapado á su atención una fisonomía tan singular; una sonrisa amarga contraía perpetuamente la cara del viejo; apoyaba su barba sobre una mano flaca, cuyas uñas tenían una longitud extraordinaria; su mirada penetrante y fija brillaba bajo sus cejas apenas; en fin, había en el conjunto de su fisonomía algo

de salvaje, de extraño, de astuto, que le daba un aspecto repulsivo.

Tal era la figura que se apareció de repente, y de cuya boca salió un torrente de palabras vehementes; sin embargo, como este capítulo va siendo ya largo, y como el viejo es un personaje notable, será más respetuoso para él y más cómodo para nosotros dejarle hablar en un nuevo capítulo.

CAPITULO XXI

En el cual el viejo se apodera de su tema favorito y cuenta la historia de un cliente singular.

—¡Ah, ah! — dijo el viejo de quien hemos dado una corta descripción en el anterior capítulo; — ¡Ah! ¿quién habla de las Inn?

—Yo, caballero — respondió Mr. Pickwick; — he notado que son sitios muy singulares.

—Vos — contestó el viejo con tono despreciativo, — ¿qué podéis saber del tiempo en que los jóvenes se encerraban en sus habitaciones solitarias y leían, leían, hora tras hora, noche tras noche, hasta que se agotaban las fuerzas de su espíritu, hasta que la luz de la mañana no les traía salud ni alegría, concluyendo por perecer, después de haber consagrado su vigorosa juventud á estudiar en viejísimos librazos? Vos, que habéis venido más tarde, en una época muy diferente, ¿qué podéis saber de aquel desfallecimiento gradual, de aquella lenta consunción, de aquellos rápidos accesos de fiebre, resultado de la miseria, de la disipación? ¿Sabéis cuántos pleiteantes, después de haber vanamente implorado la piedad de los hombres de ley, se han ido con el corazón desgarrado á buscar reposo en el Táme-sis, ó refugio en una prisión? No hay tabique en aquellas casas que no pueda narrar alguna espantosa historia; por prosaicos que esos hoteles parezcan, os digo que están llenos de horribles misterios; y yo prefiero oír durante la noche alguna leyenda adornada con un terrible título, que la verdadera historia de cualquiera de aquellas antiguas habitaciones.

Había una energía tal en las palabras del viejo, que

Mr. Pickwick no encontró palabras con que responderle; sin embargo, el viejo, reprimiendo su impetuosidad, continuó en estos términos:

—Miradlas bajo otro aspecto menos romántico; ¡qué instrumentos de lenta tortura! Pensad en el infeliz que ha gastado cuanto tenía, que se ha reducido á la mendicidad, que ha empeñado sus amigos, para entrar en una profesión en que no ganará un pedazo de pan; la esperanza, el desaliento, el temor, la pobreza, las ilusiones perdidas, el suicidio tal vez ó la embriaguez harapososa, ¡he aquí lo que se encuentra en aquellas moradas!

El viejo se frotaba las manos sonriendo sarcásticamente, y gozoso de haber tomado su asunto favorito bajo un nuevo punto de vista; Mr. Pickwick le observaba con curiosidad, y el resto de la sociedad sonreía y miraba en silencio.

—Habláis de las universidades alemanas — continuó el viejo. — Se encuentra demasiada poesía aquí ante nuestros propios ojos, sin que nadie lo advierta.

—Efectivamente, yo no advierto nunca la poesía que hay en estos sitios.

—Sin duda no la habéis advertido; es natural; es como un amigo mío que me decía: — ¿Qué hay de particular en esas viejas casas? — Son muy singulares, respondí yo. — No veo la singularidad. — Solitarias, dije. — No lo veo, contestó. — Una mañana, cuando iba á abrir su puerta para salir, cayó atacado de una apoplejía fulminante; allí permaneció por espacio de diez y ocho meses; todos decían que había salido de la población.

—¿Y cómo le encontraron al fin? — preguntó mister Pickwick.

—Como no había pagado su alquiler durante dos años, determinaron entrar. En efecto, forzaron la cerradura, y un cadáver seco, con levita azul, pantalón negro, media de seda, cayó en los brazos del portero, que abrió la puerta; es cosa singular sin duda.

—Sé otra aventura de la misma clase — continuó el viejo: — pasó en Cliford's Inn. Un inquilino de mala reputación se encerró en su alcoba y tomó una dosis de arsénico; el intendente creyó que se había marchado, abrió la puerta de la sala y puso un cartel de alquiler; llegó otro hombre, alquiló la habitación y fué á habitarla; pero no podía dormir; se encontraba agitado, inquieto; es muy particular, dijo. Pondré mi cama en la otra habitación; y este será mi gabinete; hace el cambio, y duerme perfectamente aquella noche; pero repentinamente se encuentra con que no podía leer. Estaba nervioso, muy agitado; y no podía hacer otra cosa que despabilar la luz y mirar en torno suyo. — No puedo

entender esto, dijo una noche que venía del teatro y bebía un vaso de ponche con la espalda apoyada en la pared, para no poderse imaginar que había alguien detrás de él. — No comprendo esto, dijo; y precisamente sus ojos se fijaron en la alcoba que había estado siempre cerrada. Un escalofrío le corrió de pies á cabeza. — Yo he experimentado ya esta extraña sensación, dijo para sí; no puedo menos de pensar que hay algún misterio en esa alcoba. Al mismo tiempo hizo un esfuerzo, evocó todo su valor, rompió la cerradura, abrió la puerta, y descubrió en pie y en una esquina al otro inquilino, que tenía una pequeña botella en la mano, y cuyo rostro mostraba señales de una muerte violenta.

Al decir esto, el viejo empezó á reír sarcásticamente, dirigiendo sus miradas á los rostros estupefactos y atentos de los espectadores.

El viejo continuó:

—Hace cincuenta años conocí yo á otro individuo que alquiló en una de las *Inns* más antiguas, un cuarto viejo, húmedo, que estaba cerrado hacía años y siglos; se contaban mil historias sobre aquella habitación, y en verdad, el cuarto no tenía nada de alegre; pero nuestro inquilino se moría de pobreza, y aunque la casa hubiese sido diez veces peor, por lo barata la hubiera alquilado. Los muebles eran: un viejo armario de papeles con grandes puertas vidrieras, cubiertas por dentro con cortinas verdes, y unas sillas; el primero era un mueble muy útil para él, porque no tenía papeles que poner dentro, y en cuanto á la ropa, la llevaba siempre consigo; las sillas, que eran cuatro, las repartió por la sala, para que aparecieran como una docena. Llegada la noche, se puso á beber junto al fuego el primer vaso de una botella de aguardiente que había comprado á crédito; mientras bebía, se preguntaba si llegaría á pagar el aguardiente, cuando sus ojos se dirigieron á las puertas del armario de libros; entonces pareció que un débil gemido salía del armario; nuestro hombre se asustó al principio, pero reflexionando que el rumor debía haber sido producido por algún vecino que entraría en su casa de buen humor, puso los pies junto al fuego, y se puso á remover los carbones; en aquel momento se oyó el mismo gemido, una de las puertas vidrieras se abrió lentamente, y dejó ver de pie en el armario la figura de un hombre alto, cubierto de vestidos sucios y rotos; su rostro, pálido y flaco, parecía consumido por el pesar, y había en el color de su piel, en sus formas de esqueleto, en todo su aspecto, en fin, alguna cosa que no era de los habitantes de este mundo. — ¿Quién sois? balbuceó el nuevo inquilino, que se había quedado más blanco que su camisa, y balanceaba

en su manos la badila, como queriendo apuntar con ella á la figura sobrenatural; ¿quién sois? — No me lancéis esa badila, replicó el aparecido; aunque acertarais en la puntería, pasaría al través de mi cuerpo sin resistencia, y no chocaría sino en el fondo del armario. Yo soy un espíritu. — ¿Y qué me queréis— preguntó trémulo el inquilino. — En esta habitación, continuó la aparición, se ha consumado mi ruina terrestre. En esta habitación me he visto reducido á la mendicidad juntamente con mis hijos; en este armario se acumularon de año en año los papeles de un largo, de un eterno proceso; en esta habitación, mientras yo moría de pesar y de desesperación, dos infames vampiros se repartieron las riquezas, por las cuales había yo envenenado mi existencia, sin que quedara ni un ochavo á mis pobres hijos. Ahora, por ver el teatro de mis infortunios, vengo todas las noches, únicas horas en que puedo visitar vuestro planeta; esta habitación es mía, dejádmela. — Si insistís en venir á esta habitación, respondió el inquilino, que había tenido tiempo de animarse durante el relato de la sombra, yo os quitaré la posesión del cuarto con mucho gusto; pero si me lo permitís, os haré una pregunta. — Hablad, dijo el espíritu con voz severa. — Pues bien, continuó el inquilino; no quiero aplicaros personalmente mi observación, puesto que es común á todos los espíritus de que he oído hablar; pero me parece un poco... inconsecuente que vengáis siempre á los mismos sitios en que habéis sido desgraciado, cuando tenéis facilidad para visitar los países más bellos de la tierra, pues el espacio y la distancia no son nada para vos. — Tenéis razón, es verdad, replicó el aparecido; nunca me había ocurrido tal cosa. — Ya veis, caballero, dijo el inquilino, que esta habitación es miserable; creo que pudierais encontrar un domicilio más agradable. — Tenéis mucha razón, contestó el espíritu con mucha cortesía; no había pensado en ello; voy á probar inmediatamente el cambio de aires.

Efectivamente, al decir esto empezó á desvanecerse; sus piernas habían desaparecido casi completamente, cuando el inquilino lo llamó. — Caballero, gritó; haríais un gran servicio á la sociedad teniendo la bondad de convencer á los demás señores espíritus visitantes de las casas viejas de que estarían mucho mejor visitando otros lugares. — Así lo haré, contestó el aparecido; sin duda somos muy brutos nosotros los espíritus, por no habérsenos ocurrido eso; ¡no me perdono el haber sido tan estúpido! Al decir estas palabras, la sombra desapareció, y lo que es más raro, — añadió el viejo lanzando una mirada maliciosa á los circunstantes, — no volvió á aparecer más.

—No es malo, si es verdad — dijo el hombre de los botones de mosaico, encendiendo otro cigarro.

—Sí — exclamó el viejo con aire excesivamente desdenoso; — ya veis — continuó dirigiéndose á Lowten, —no me llamaría la atención que dijeran también que la historia de aquel cliente que teníamos cuando yo estaba en casa del abogado, no era verdad tampoco.

—De esa historia no diré yo nada, porque no la he oído — contestó otro.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tendría mucho gusto en oírla contar.

—¡Oh! sí — añadió Lowten; — contadla, ninguno de los que estamos aquí la sabe, excepto yo, que la he olvidado un poco.

El viejo se frotó la barba con la mano y comenzó del modo siguiente:

Historia de un cliente singular

En la calle Grande, que está junto á la iglesia de San Jorge, se encuentra, como todo el mundo sabe, una pequeña prisión de acreedores, llamada Marshalsea; aunque no se parece á la infame cloaca de otros tiempos, sin embargo, ofrece aun poca tentación á los estravagantes, poco consuelo á los que no son previsores. El asesino condenado á muerte, goza en Newgate de un patio más vasto y más ventilado que los de la prisión de Marshalsea, donde vive el deudor insolvente.

No puedo soportar aquella parte de Londres; la calle es ancha, las tiendas espaciosas, el ruido de los transeúntes, de los coches, de las industrias activas, resuena allí desde por la mañana hasta por la noche; pero las calles contiguas son estrechas y sucias, la pobreza y la miseria se muestran por todas partes, el infortunio y la penuria se encierran en la sombría prisión; un aire de tristeza y desolación parece agitarse por aquel sitio, comunicando al edificio un tinte lúgubre y repugnante.

Hace treinta años que una mujer joven se presentaba con su niño todos los días en la puerta de la prisión, desde que el sol aparecía, y con toda regularidad como él. Iba á ver á su marido, preso por deudas; algunas veces, después de una noche inquieta y sin sueño, llegaba á aquella puerta una hora más tarde, y entonces, retrocediendo con aire dulce y resignado, llevaba su hijo al viejo puente, lo ponía sobre el parapeto teniéndolo en sus brazos, y le mostraba para distraerle las aguas del Támesis, que brillaban á los primeros rayos del sol na-

ciente; pero después dejaba el niño en el suelo y se ponía á llorar amargamente, porque ninguna expresión de alegría ó interés venía á animar el semblante pálido y flaco que ella contemplaba con tanto amor. ¡Ay! aquel pobre niño no tenía sino recuerdos de una sola especie; recuerdos que se relacionaban con la pobreza, con las desventuras de sus padres; durante largas horas permanecía sentado sobre las rodillas de su madre, y consideraba con infantil simpatía las lágrimas que corrían por sus mejillas; después se arrastraba hacia un rincón obscuro, donde se dormía llorando; las penosas realidades del mundo, con sus más duras privaciones, el hambre, la sed, el frío, todas las necesidades se albergaban para él en aquella casa, desde los primeros destellos de su inteligencia; y aunque tenía aun las formas de la infancia, no tenía sin embargo, sereno el corazón, alegre el semblante ni risueños los labios.

Su padre y su madre estudiaban la palidez de su rostro, y sus miradas les sugerían pensamientos desesperados que no osaban expresar con palabras. El hombre, vigoroso y sano, que hubiera podido soportar todas las fatigas de una vida activa, se consumía en lenta inacción en la atmósfera insalubre de una prisión. La mujer, delicada y frágil, desfallecía al peso de los males combinados del espíritu y del cuerpo. Llegó el invierno, y con el invierno semanas enteras de días fríos y lluviosos; la pobre mujer se había ido á vivir á un miserable cuarto junto á la prisión de su marido; y aunque su creciente pobreza fué el motivo de aquel cambio, se encontró más feliz, porque estaba algo más cerca de su marido; durante dos meses vino como de costumbre á esperar con su niño que abrieran la puerta; una mañana no vino; era la primera vez que faltaba; otra mañana vino sola; el niño había muerto.

Saben poco los que hablan de la muerte del pobre como de una feliz cesación de dolores para el que no existe, y una economía providencial para el que le sobrevive; los que tal dicen, no conocen la agonía de tales pérdidas. Una silenciosa mirada de afecto, cuando las demás miradas se apartan friamente; la conciencia de que poseemos la simpatía de un sér humano, cuando todos los demás nos abandonan, son consuelos, sostenes y apoyos que ninguna riqueza puede pagar, que no puede dar ningún poder. El niño había permanecido durante horas enteras sentado á los pies de sus padres, con sus pequeñas manos estrechadas por las de ellos; sus padres le habían visto marchitarse de día en día, pero aunque su corta existencia estuviera privada de toda alegría, aunque hubiera ido á reposar en el seno de aquella paz que no había conocido sobre la tierra,

sin embargo, la pérdida del niño hirió profundamente el corazón de sus padres.

Era evidente para los que advertían el rostro desfallecido de la joven madre, que no sufriría mucho tiempo tantas desventuras. Los camaradas de prisión de su marido tenían turbar tanto dolor y miseria, y los dejaban solos en la habitación que él compartía con dos compañeros; la joven madre la ocupaba con él, y languidecía sin sufrimientos, pero sin esperanza, y su vida se extinguía dulcemente.

Una noche se había desmayado en los brazos de su marido, y éste la había acercado á la ventana abierta, para reanimarla con la sensación del aire. La luz de la luna, cayendo sobre su pálido rostro, le mostró tanta alteración en las facciones de su esposa, que vaciló como un débil niño, no pudiendo soportar el peso de la que le era tan cara.

—Siéntame, Jorge — dijo con voz débil; él obedeció, y sentándose junto á ella, ocultó el rostro entre las manos y lloró.

—Es muy duro dejarte, Jorge, pero tal es la voluntad de Dios, y tu deber soporta esto por amor mío. ¡Oh, cuánto agradezco á Dios que se haya llevado antes á nuestro hijo! es feliz; está en el cielo; ¡qué hubiera sido aquí de él sin su madre!

—¡No morirás, María, no! ¡no morirás! — exclamó el marido levantándose; dió vueltas á la habitación, golpeándose la frente con los puños cerrados; después sentándose junto á su mujer, y sosteniéndola en sus brazos, añadió con más calma: — tranquilízate, querida mía, ten valor, vivirás aun.

—No, Jorge, conozco que no; hazme poner junto á nuestro hijo cuando muera; pero prométeme que si algún día dejas esta horrible habitación, si algún día eres rico, nos harás trasladar á nuestro cementerio de aldea, lejos, muy lejos de aquí, para que podamos reposar en paz. ¿Me lo prometes?

—Sí, sí — dijo el infeliz, arrodillándose delante de ella: — respondedme, María, ¡una palabra aun!

Cesó de hablar, porque el brazo que se enlazaba á su cuello estaba rígido y pesado. Un profundo suspiro se escapó del seco pecho de la joven, agitáronse sus labios, una sonrisa brilló en su rostro, pero sus labios estaban blancos, y bien pronto la sonrisa quedó fija y helada: Jorge Heyling estaba solo en el mundo.

Aquella noche, en el silencio y en la desolación de su cuarto, el pobre esposo se arrodilló junto al cadáver, y llamó á Dios por testigo del juramento horrible que hacía de vengar la muerte de su mujer y de su hijo, de consagrar el resto de su existencia á aquel único ob-

jeto, de obtener una venganza prolongada y terrible, de alimentar un odio mortal inextinguible, y proseguir su venganza al través del mundo entero.

Una desesperación sobrenatural, una rabia diabólica habían hecho tal estrago en su fisonomía en una sola noche, que al día siguiente por la mañana sus compañeros retrocedieron con espanto al verle; sus ojos estaban inyectados de sangre, su cara cadavérica, su cuerpo encorvado; en la violencia de sus angustias mentales se había mordido el labio inferior, y la sangre, corriendo de la herida, había manchado su barba, su corbata y su camisa; no exhalaba una lágrima ni un suspiro; pero el extravío de sus miradas, la irregularidad de sus pasos, todo su aspecto, en fin, revelaba la fiebre que le devoraba interiormente.

Era preciso que el cuerpo de su mujer fuera sepultado en el recinto de la prisión; él recibió esta noticia con calma, y reconoció la conveniencia; casi todos los presos se unieron para ver el entierro. Colocáronse en dos filas, cuando Jorge Heylling pareció, avanzando con pasos precipitados, y se colocó junto á una pequeña reja en la puerta de entrada; la multitud se retiró por un sentimiento de delicadeza; bien pronto bajaron el toscó ataúd, lentamente conducido por cuatro hombres; un silencio de muerte le acogió, silencio tan sólo interrumpido por los lamentos de las mujeres y por las palabras de los conductores del féretro. Cuando llegaron al sitio en que estaba el desolado esposo, se detuvieron; él extendió la mano sobre el ataúd, y arreglando maquinalmente el paño que le cubría, hizo señas de que siguiera; el féretro pasó el pórtico; la pesada puerta se cerró por fuera; Heylling miró con aire distraído la multitud que le rodeaba y cayó en tierra sin sentido.

Durante muchas semanas fué preciso velarle noche y día; pero en los más violentos arrebatos de la fiebre, no perdió el conocimiento de sus desdichas, ni el recuerdo del juramento que había hecho; los lugares, las escenas, los distintos sucesos se presentaban á sus ojos con la rapidez confusa del delirio; y siempre sus sueños estaban unidos al terrible proyecto que ocupaba su espíritu; navegaba por un mar sin límites; el cielo ardiente parecía ensangrentado; las olas furiosas se elevaban en torbellinos por todas partes; otro navío luchaba penosamente con las ondas agitadas; sus velas desgarradas flotaban como cintas pendientes de los mástiles; su cubierta se veía llena de criaturas humanas, sobre las cuales rompían las olas, arrastrándolas al abismo; sin embargo, el buque en que iba Heylling avanzaba en medio de la mar rugiente con una fuerza y una velocidad irresistibles; chocando con el otro navío, le destrozó

con su quilla; un grito terrible, el grito de muerte de cien infelices, sonó en el espacio; grito tan terrible, que retumbó más fuerte que el clamor de los elementos; tan agudo que parecía hendir el aire, el Océano y el cielo. — ¿Pero qué es aquello? ¿qué vieja cabeza gris es aquella que se eleva sobre las olas, que lucha con la muerte, y pide socorro con clamores de agonía? Jorge Heylling se lanza al mar, nada vigorosamente hacia el viejo, se acerca; sí, ¡son sus facciones! El viejo, que le ve venir, se esfuerza vanamente en huir de él. Heylling le coge, le estrecha, le arrastra consigo bajo las olas, ¡al fondo! ¡al fondo! bajo las masas tenebrosas del agua; los esfuerzos del viejo son más débiles cada vez, y al fin cesan enteramente: ¡ha muerto! Heylling lo ha matado, ha cumplido su juramento.

Solo y con los pies desnudos atravesaba las ardientes llanuras de un desierto inmenso; la arena levantada por el uracán le ahogaba, le cegaba. Los granos imperceptibles penetraban en los poros, causándole una irritación que le enfurecía; masas gigantescas del mismo polvo, llevadas por los vientos y enrojecidas por el sol, marchaban al lado suyo como columnas de fuego vivo; las osamentas de los viajeros que habían perecido en aquellos horribles desiertos se extendían á sus pies; una sangrienta luz iluminaba todos los objetos que le rodeaban, y en toda la extensión que abrazaban sus ojos, no percibía sino horror y soledad espantosa; en vano se esfuerza en lanzar un grito; su ardiente lengua está pegada á su paladar; corre como un desesperado, sintiéndose con fuerzas sobrenaturales; hiende las movilizadas arenas; pero al fin, agobiado de sed y fatiga, cae sin conocimiento en tierra; una frescura inesperada y balsámica le reanima; ¿de dónde procede aquel agradable murmullo? ¡Del agua! es un manantial; un arroyo corre á sus pies; bebe con ardor, y extendiendo sobre el suelo sus miembros doloridos, cae en un delicioso letargo; un ruido de pasos le despierta; un viejo de cabeza gris se acerca para apaciguar también su sed. ¡Es él! Heylling coge por un brazo al viejo y lo aparta del agua bienhechora; en vano quiere desasirse con violentas convulsiones, en vano pide agua con gritos desgarradores, una sola gota de agua para salvar la vida; Heylling lo aparta con brazo despiadado; contempla con ojos ávidos su lenta agonía, y cuando su cabeza gris se inclina insensible sobre su seno, suelta el cadáver y lo empuja con el pie.

Cuando se le pasó la fiebre y recobró el conocimiento, se despertó para encontrarse libre y rico, para saber que su padre, que le había dejado morir en una prisión, había sido encontrado muerto en su cama; este padre

desnaturalizado, había tenido valor para dejar mandigar á su hijo; pero orgulloso é inhumano hasta el fin, de su vida, había retardado la reparación de tanta infamia hasta el momento en que era tarde para hacerlo.

Jorge Heyling volvió en sí para enterarse de su nueva fortuna, para acordarse de que su enemigo era el padre de su mujer, el hombre que lo había metido en una prisión y que había rechazado con desprecio á su hija y á su nieto, cuando se arrodillaban ante él para pedirle socorro; ¡Oh! ¡cuánto sentía el desventurado Heyling la debilidad que le impedía levantarse y continuar activamente su venganza!

Se hizo transportar lejos de los lugares que habían sido testigos de sus miserias y de la doble pérdida que había tenido; se retiró á orillas del mar, á una apacible quinta, no con esperanza de recobrar la dicha ni aun la tranquilidad, porque una y otra habían huído para siempre, sino para recobrar su abatida energía, y meditar sobre su proyecto con implacable persistencia; en aquel mismo sitio, un mal espíritu, sin duda, le suministró la ocasión de su primera y más horrible venganza.

Era en verano; sumergido en sus sombríos pensamientos, salía Heyling una noche de su vivienda solitaria; tomó por un estrecho sendero, hasta llegar á un sitio desierto y salvaje, que había encontrado ya en sus paseos vagabundos, y que había agradado á su exaltada imaginación. Allí se sentaba sobre trozos de rocas, y ocultando el rostro entre las manos, permanecía durante horas enteras, hasta que las sombras de las rocas que amenazaban su cabeza arrojaban una negra obscuridad sobre todos los objetos vecinos. En una tranquila noche estaba sentado allí en su postura habitual, alzando de tiempo en tiempo los ojos para seguir el vuelo de algún pájaro, cuando la tranquilidad del paisaje fue turbada por un grito de agonía. Heyling puso el oído atento, creyendo al principio que había oído mal; después el grito fué repetido de una manera más desgarradora, y Heyling se levantó y corrió en la dirección de la voz.

La escena que se ofrecía á sus ojos hablaba por sí misma. Algunos vestidos se hallaban esparcidos por la playa; una cabeza de hombre aparecía por encima de las olas á alguna distancia de la orilla, mientras que en ésta, un viejo, retorciéndose los brazos con desesperación, corría de un lado á otro pidiendo socorro. Heyling, cuyas fuerzas se habían restablecido lo bastante, se quitó el vestido y se lanzó en medio de las olas con intención de salvar la persona que se ahogaba.

—¡Apresuraos en nombre del cielo! ¡salvadle! ¡sal-

vadle, por amor de Dios! ¡es mi hijo, mi único hijo!— dijo el viejo acercándose trémulo de emoción.

A las primeras palabras del viejo, Heyling se detuvo, y cruzando los brazos sobre su pecho, permaneció completamente inmóvil.

—¡Gran Dios! — exclamó el viejo retrocediendo, — ¡Heyling!

Heyling sonrió y guardó silencio.

—¡Heyling! — continuó el viejo con extravío; — ¡es mi hijo! ¡Heyling, mi hijo querido! ved. ved...

Y en su agonía, el miserable padre señalaba el sitio donde el joven luchaba con la muerte.

—Escucha — continuó el viejo; — acaba de gritar; está vivo aun; Heyling, ¡salvadle! ¡salvadle!

Heyling sonrió de nuevo y no se movió.

—¡Os he maltratado! — exclamó el viejo, cayendo de rodillas é implorándole con las manos juntas; — ¡vengaos! ¡tomad toda mi fortuna, tomad mi vida! ¡matadme, Heyling, pero salvad á mi hijo! es joven, es muy joven para morir.

—Escuchadme — dijo Heyling, asiendo fuertemente el puño del viejo; — yo quiero tener vida por vida; he aquí una. Mi hijo ha muerto ante mis propios ojos; ha muerto en una agonía mucho más horrible que la de ese joven, ¡calumniador de su hermana! Entonces habéis reído, habéis cerrado la puerta ante vuestra hija, en cuyo rostro la muerte había impreso su huella; habéis reído de nuestros sufrimientos... ¿qué pensáis ahora? ¡miradle, miradle allí!

Hablando así, Heyling mostraba el Océano; un débil grito se oyó; las últimas, las terribles convulsiones de un ahogado agitaron las olas, y un momento después la superficie estaba serena; la mirada no podía distinguir el sitio en que el joven había desaparecido en una tumba prematura.

Tres años habían pasado, cuando un caballero bajó de su coche junto á la puerta de la casa de un procurador de Londres muy conocido; pidió una entrevista para un asunto de importancia; el rostro de este caballero era sombrío, pálido, hosco, y no era precisa toda la astucia del hombre de negocios para reconocer que las enfermedades ó la desdicha habían hecho en su persona más estragos que el tiempo.

—Deseo — dijo el desconocido, — que os encarguéis de un asunto que me interesa mucho.

El abogado saludó cumplidamente, y fijó la vista en el paquete que el caballero tenía en la mano; éste lo notó y continuó diciendo:

—No es un asunto ordinario, y estos papeles han venido á mis manos tras largas penas y enormes gastos.

El procurador examinó el paquete con más curiosidad aun, y su nuevo cliente, desatando la cuerda que lo ligaba, le mostró una gran cantidad de autos y documentos.

— Como veis — dijo el cliente, — el hombre cuyo nombre veis aquí, ha pedido prestado desde hace muchos años vastas sumas con pagaré; hizo un convenio con el prestamista, cuyos pagarés he comprado por el triple ó cuádruplo de su valor, hizo el convenio, digo, de renovar estos pagarés de tiempo en tiempo hasta cierta época; pero este convenio no está expresado en ninguna parte; el acreedor ha sufrido grandes pérdidas últimamente, y estas obligaciones, cayendo repentinamente sobre él, le hundirían para siempre.

— Asciede á muchos miles de libras esterlinas — dijo el procurador, mirando los papeles.

— Sí — respondió el cliente.

— Pues bien, ¿qué hacemos?

— ¿Qué hacéis? — exclamó el cliente con repentina vehemencia; — emplead para perderle todos los recursos de la ley, todas las sutilezas, todos los medios, honrados ó no, que puedan inventar los más hábiles hombres de ley; quiero que muera de una manera prolongada, terrible; arruinadle, embargadle, vended sus bienes, sus tierras, echadle de su domicilio; que mendigue en su vejez y espire en una prisión.

— Pero los gastos, caballero, los gastos de todo esto — dijo el procurador cuando salió de su primera sorpresa, — ¿quién los pagará?

— Decid una suma — contestó el cliente, cuyas manos temblaban tan violentamente, que apenas podía tener la pluma que había cogido; — decid una suma cualquiera, y se os remitirá; no tengáis miedo de pedir: nada me parecerá caro con tal que logre mi objeto.

El procurador se aventuró á pedir una gran suma, más bien por saber hasta dónde tenía intención de ir su cliente que por esperanza de que accediera. El desconocido, sin vacilar, escribió una carta de pago contra su banquero, la entregó al procurador y se marchó.

El procurador, viendo que la cosa iba de veras, se puso á trabajar inmediatamente. Durante dos años, Jorge Heyling iba á pasar días enteros al estudio, examinando con afán los papeles que se acumulaban; á medida que seguían las actuaciones leía y releía con ojos chispeantes de alegría las representaciones de la ruina cierta que la parte contraria iba á sufrir; las tierras, las casas, los muebles fueron vendidos, y el viejo mismo hubiera sido emparedado en una prisión, si no hubiera logrado escaparse burlando la vigilancia del guarda encargado de su captura.

La implacable animosidad de Heyling parecía acrecerse con la ruina de su enemigo; su furia no tuvo límites cuando supo que se había fugado; en su rabia rechinaba los dientes, se arrancaba los cabellos, y dirigía las más horribles imprecaciones á los hombres encargados de la prisión. Por fin, pudieron calmarle, asegurándole que el fugitivo sería descubierto; se enviaron gentes en todas direcciones, se recurrió á todas las estratagemas imaginables para averiguar el lugar de su escondite, pero fué en vano, y pasaron seis meses sin que fuese posible encontrarle.

Una tarde, á hora avanzada, Heyling, de quien no se había oído hablar en mucho tiempo, se apareció en casa del procurador: Heyling subió las escaleras y entró pálido y palpitante en el estudio; después de haber cerrado la puerta, por miedo á ser oído, se dejó caer en un asiento y dijo en voz baja:

— ¡Le he encontrado al fin!

— ¡Bah! — dijo el procurador; — ¿de veras?

— Está oculto en una miserable habitación de Camden; tal vez ha sido bueno que le hayamos perdido de vista, porque ha vivido solo y en la más abyecta miseria; es pobre, muy pobre.

— Muy bien — dijo el procurador; — haremos su captura mañana.

— Sí... esperad... no; pasado mañana; os sorprende este retraso — añadió el cliente con una horrible sonrisa; — pero me había olvidado; pasado mañana es un aniversario en su vida; que sea pasado mañana.

— Muy bien.

— Que me esperen los guardias á las ocho de la noche y les acompañaré.

Efectivamente, se reunieron á la hora convenida, y tomando un cohe de alquiler, dijeron al cochero que parara en la esquina de la calle, junto á *Work-House*; cuando llegaron á este sitio era de noche. Siguieron el muro del hospital veterinario, y entraron en una pequeña calle desolada, rodeada de fosos.

Después de enterrarse el sombrero hasta los ojos y envolverse en su capa, Heyling se detuvo delante de la casa más miserable de la calle y llamó suavemente á la puerta. Fué al instante abierta por una vieja, que hizo un signo de inteligencia; Heyling dijo en voz baja al guardia que le esperara, subió la escalera, abrió la puerta de una habitación y entró de repente.

El objeto de sus implacables pesquisas, viejo decrepito ya, estaba sentado junto á una vieja mesa de pino, sobre la cual no había más que un miserable candelil; al entrar Heyling se estremeció y se levantó con pena.

— ¿Qué hay aun? ¿qué más? — preguntó con voz

cascada; — ¿qué nueva miseria es esta? ¿qué queréis?

—Una palabra — respondió Heyling.

Al mismo tiempo se sentó al otro extremo de la mesa, y apartando su capa y alzando su sombrero, se descubrió.

El viejo cayó sobre su silla, y reuniendo las manos, contempló aquella aparición con una mirada de pavor y sorpresa.

—Hace hoy seis años — dijo Heyling, — que he reclamado de vos la vida que me debíais para mi hijo. Viejo, junto al cadáver de vuestra hija he jurado vivir una vida de venganzas; desde entonces no me he arrepentido de mi juramento; pero si hubiera sido capaz de arrepentirme, el recuerdo sólo de una mirada de aquella criatura, cuando se moría sin quejarse ante mis ojos, el recuerdo del rostro hambriento de nuestro desgraciado hijo, me hubiera fortificado para el cumplimiento de mi promesa; ya os acordáis de mi primera revancha; esta es la última.

El viejo se estremeció, sus manos cayeron con fuerza á un lado y otro.

—Mañana yo salgo de Inglaterra — continuó Heyling, después de una pausa; esta noche os entrego á la muerte viva á que vos me condenasteis, á una prisión sin esperanza...

Al decir esto, dirigió una mirada al viejo, cesó de hablar, acercó la luz á su rostro desearnado, la puso después en la mesa, y salió de la habitación.

Haréis bien en subir al cuarto del viejo; creo que está un poco malo — dijo á la mujer abriendo la puerta de la calle y haciendo señas al guardia de que subiera; la mujer cerró la puerta, subió lo más aprisa que pudo la escalera, y encontró al viejo muerto.

En uno de los valles más apacibles del jardín británico, en uno de los cementerios más tranquilos del condado de Kent, donde las flores salvajes se enlazan con el césped, donde los pájaros cantan sin cesar, reposan en paz bajo una humilde y bella tumba la madre y el hijo; pero las cenizas del padre no están unidas á las suyas, y después de su última expedición, el procurador no volvió á tener noticia alguna de su singular cliente.

Quando el viejo curial terminó su narración, se levantó, descolgó de una percha su sombrero y su redingot, y después, sin decir palabra, se marchó lentamente; el caballero de los botones de mosaico estaba dor-

mido y los demás se disponían á hacer lo mismo; mister Pickwick se retiró sin ser notado, pagó su gasto, lo mismo que el de Sam, y los dos se alejaron de *La Marica*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYVES"
CAPITULO XXIII

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mr. Pickwick se traslada á Ipswich, y encuentra una aventura romántica en la persona de una dama de cierta edad.

—¿Este es el equipaje de tu amo, Sammy? — preguntó Mr. Weller el mayor á su afectuoso hijo, cuando éste entraba con un saco de viaje y un pequeño gabán en el patio del hotel de *El Toro*, en Whitte-Chapel.

—En seguida viene — dijo Sam; — aquí está.

Y en efecto, Mr. Pickwick bajaba de su cabriolet y entraba en el patio, mientras mister Weller pronunciaba aquellas palabras.

—¡Magnífica mañana! — dijo éste al filósofo.

—Muy bella, es verdad — respondió éste.

—Muy bella, es verdad — repitió un hombre adornado con cabellos rojos, de nariz puntiaguda, de anteojos azules, y que había bajado de otro cabriolet al mismo tiempo que Mr. Pickwick; — ¿vais á Ipswich, caballero? — preguntó nuestro héroe.

—Sí, señor.

—¡Extraña coincidencia! Yo también voy allá.

Mr. Pickwick le saludó.

—¿Vais fuera?

—Sí, señor.

—¡Dios de Dios, qué rareza! yo voy fuera también.

Al pronunciar estas palabras en tono misterioso é importante, el hombre de los cabellos rojos se puso á sonreír con la misma complacencia que si hubiera hecho uno de los descubrimientos más extraños de que es capaz la sagacidad humana.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tengo mucho gusto en teneros por compañero de viaje.

—¡Ah! — contestó el recién venido, que tenía hábito de sacudir la cabeza como un pájaro á cada palabra;

—¡ah! es bueno para los dos la compañía; la compañía... ya sabéis, es una cosa muy diferente de la so-